de la razón; y aunque después de aquella fecha ha tenido algún día en que se ha turbado algún tanto, nunca más ha vuelto á estar como en los mencionados días, y paulatinamente ha ido mejorando de tal suerte que hoy, gracias á la santísima Virgen, se encuentra como antes de caer enferma. „

¡ Gloria y amor al Corazón de nuestra divina Madre !

CAPÍTULO VII

EL CORAZÓN DE MARÍA CORAZÓN DE ESPOSA ESCOGIDA DEL ESPÍRITU SANTO

SUMARIO: Condescendencia de Dios en dar á algunas almas el título de esposas. — María, como Esposa escogida del Espíritu Santo, es por Él celebrada de un modo especial en el *Cantar de los Cantares*, en el amor y hermosura de su virginal Corazón.

INENARRABLES son, por cierto, las finezas de Dios para con los hombres. Su condescendencia ha llegado á tanto que le hizo bajar de las alturas de los cielos y revestirse de nuestra carne para conversar con nosotros como Padre cariñoso con sus hijos, consolarnos, recrearnos y regenerarnos con su preciosa sangre. Cuando estuvo para volver al lado de su Padre celestial dejónos un memorial vivo de su Pasión santísima, en el que se nos da á sí mismo en manjar y bebida para fortalecer nuestras almas y embriagarlas con inefable suavidad. El título regalado de hijos que nos mereció á costa de tantos padecimientos, y que por modos tan sabrosos

tiene. „ Dijo el siervo de Dios que no sabía leer, y cantar sabía muy poco. Replicaron los ángeles que la letra era muy legible; con esto la tomó, y vió que decía el sobrescrito:

Mátanme vuestros amores,
Mi Señor, y mi Señor,
Todo amor y todo amor.

No pasó adelante porque se quedó sabrosamente engolosinado en lo sucedido. Después preguntó á nuestra Señora el significado de la visión, y le dijo: " Fué mostrar el Señor haber recibido por obra el deseo de enviarle recados de tu parte. „

***

Si tales extremos ha hecho el Espíritu Santo por algunas almas escogidas á quienes dió el regalado título de esposas, ¿qué no habrá hecho y qué amor no habrá mostrado por su Esposa María, escogida entre millones, á quien llama su única, su querida y su perfecta, y que sobresale entre las demás esposas como el lirio entre las espinas?

Todos los expositores sagrados convienen en que el divino *Cantar de los Cantares* celebra principalmente, después de los desposorios de la naturaleza humana con la divina, el místico enlace de María con el divino amor, y así los Santos Padres han interpretado de ella de una manera especial todos sus versículos.

El Espíritu Santo, fuente del eterno amor, comienza ya su divino canto pintando los amorosos des-

mayos del Corazón de su virginal Esposa María cuando antes de la Encarnación del Verbo gemía y suspiraba, recogida en su humilde casita de Nazareth, por que la naturaleza humana y la divina se dieran ósculo de eterna paz con la venida del Deseado de los collados eternos. ¡ Cuán gallardamente describe los suspiros de su Amada en aquella frase compendiosa, pero de altísima significación, que pone en los dulces labios de su Querida! *Osculetur me osculo oris sui.* "Béseme, — dice, — con el beso de su boca; dé el Espíritu Santo el beso fecundo de su infinito amor á la Virgen dichosa, escogida para Madre del Mesías: *quia meliora sunt ubera tua vino:* porque mejores son tus pechos que el vino; conviene á saber: son más estimables sin comparación los indicios de amor que me has dado honrándome con el singular privilegio de Madre del Mesías, que con cuantas alabanzas me ha tributado el arcángel, las cuales, como el vino, suelen embriagar á los hombres. „

¿ Por qué dice aquí la Virgen soberana, para indicar su divina maternidad, *tus pechos*, y no *mis pechos?* Un sabio comentarista del *Cantar de los Cantares* lo explica así con mucha verdad y propiedad: " Ora por los pechos de Dios se entienda el divino amor, ora los de la Virgen con la leche milagrosa que de ellos fluía, podía muy bien decir María al Espíritu Santo *tus pechos*, porque eran un don singular de él como de divino Esposo, por la leche celestial de que estaban llenos, conforme á lo que canta la Iglesia: *ubera sacra et de coelo plena.* Mas refiriendo esta

y divinos se esfuerza en conservar y abrillantar en nosotros, era ya seguramente una prenda de infinito amor y condescendencia, que no parece se podía más pedir de su indecible bondad é incomprensible sabiduría; mas todavía su ingenioso amor halló un título más cariñoso y unitivo con la criatura, con el que ha querido honrar á varias almas predilectas. El Espíritu purísimo de eterno amor, el amor esencial, lazo eterno y substancial entre el Padre y el Hijo, se ha constituído en Esposo divino de las almas, ha compartido con ellas, en consecuencia, como por igual los títulos de su soberana grandeza y los tesoros de sus riquezas infinitas, y lo que es más, para dar á entender el entrañable cariño que tiene á sus esposas, ha inspirado una égloga divina en la que se presenta á sí mismo como al amante más enamorado y perdido por el amor de sus queridas. ¿Podía bajarse y humanarse más aquella Majestad altísima, rodeada de gloria inaccesible, que transformándose en celoso amador de las almas, y tomando por ellas disfraces amorosos é inventando mil y mil juegos á lo divino, en los que todo un Dios se manifiesta como el más amable apasionado por sus esposas?

Para comprender las diferencias que existen entre los diversos vínculos que unen ó pueden unir á los justos con Dios, formando con Él cierta especie de sociedad muy parecida á la doméstica, fijémonos en las relaciones que enlazan entre sí los varios miembros que componen una familia perfecta. El padre es la cabeza, y el miembro principal de ella, y el principio y manantial de las demás relaciones, y de las excelencias, derechos y privilegios anejos á la familia. En orden á él existen tres relaciones distintas: la de servidumbre, tomada ésta en su sentido más amplio; la de filiación, y la que nace del legítimo matrimonio. La excelencia, la unión y el amor están en esa misma graduación ascendente; el criado y el siervo habitan, es verdad, bajo el mismo techo que el padre de familia, pero participan muy poco, relativamente á los otros miembros, de sus dignidades y riquezas; existe, sí, entre ellos algun amor, pero interesado, pues el uno ama por el jornal, y el otro por los servicios que le presta. El hijo participa ya mucho de la dignidad y excelencia del padre; las leyes le llaman á heredar todos ó gran parte de sus bienes; el amor de entrambos es verdadero, cariñoso y acendrado; pero falta la perfecta igualdad, y así por parte del hijo anda mezclado con cierto respeto que no puede menos de infundir la superioridad del padre. La esposa es el término medio entre el padre y el hijo; participa como por igual, ya en vida del esposo, de todos sus títulos, grandezas y dignidades, y el amor que los une es de suyo el más tierno y apasionado, el más puro y estrecho, el más dulce y familiar; porque si bien en orden al gobierno externo de la familia la esposa reconoce cierta superioridad en el marido, en todo lo demás y en los motivos principales de su amor son enteramente iguales, y así hay entre ellos más perfecta semejanza y más acabada unión. Esto es lo que el mismo Señor dejó establecido en el pa-

raíso terrenal, cuando mandó que el hombre se separara hasta de los mismos padres para juntarse á su mujer.

Esto, que de ordinario acaece en el orden natural humano, se verifica mucho más en el orden de la gracia. En cuanto á las señales exteriores, Dios se manifestó comúnmente en la Antigua Ley en calidad de Señor, y mantenía con los hombres las relaciones de un amo con sus siervos. Claro es que en la substancia los justos eran ya entonces hijos adoptivos de Dios, por cuanto era una misma la gracia santificante de los de la antigua como de los de la nueva Alianza; mas como todavía no se había verificado la redención, en atención á la cual recibían aquéllos la gracia, la Majestad soberana de Dios manifestábase comúnmente en toda la extensión de su poderío y trataba á los hombres como Dueño y Señor de todas las cosas.

Después, empero, que se verificó la gran obra de reconciliación entre el cielo y la tierra, y se firmaron perpetuamente las paces con la sangre del Hombre-Dios, la divina Bondad en todas sus manifestaciones hace resaltar de una manera especial la nota cariñosa de Padre y se comunica al común de los fieles con toda la ternura y benevolencia de un Padre para con sus hijos. Gracias á esta amorosa condescendencia del Señor no nos espanta ya tanto el acercarnos á la soberana majestad de Dios, ni nos asustan los rayos y truenos del Sinaí; pero todavía queda en nosotros cierto respeto filial que impide que seamos demasiado atrevidos en el trato con Dios.

Pero el Señor, que quería extremar las finezas de su amor para con los hombres, se ha escogido en todos tiempos cierto número de almas á las que, después de haberlas purificado de toda afición desordenada y levantádolas á encumbrada dignidad, se ha dignado honrarlas con el regalado título de esposas, y como en prendas y arras de su infinito amor las admite á un trato muy secreto y familiar con Él por medio de altísima contemplación; y para darles á entender que tienen las voluntades como unimismadas en Dios, suele acceder inmediatamente á todos sus deseos, y hasta condesciende á las veces en cosas que de suyo parecen meros caprichos; porque como ve que estas almas en todas sus cosas obran en su amor y por su amor, se apresura á darles gusto en todo, como el amante esposo que se desvive por regalar á su esposa.

Del venerable Francisco de Yepes, varón de extraordinaria pureza de alma, se cuenta que había llegado á tanta familiaridad con Dios, que el Señor cumplía hasta sus más sencillos deseos. Un día, abrasado de amor, dijo á su divino Esposo: "¡Oh Señor, cuándo tengo de verte! ¡Oh, si hubiera quien te diera de mi parte un estrecho y apretado abrazo! ¡Oh, si hubiera quien te llevara de mi parte una carta mía y te dijera: *Esta te envía con un abrazo el que te ama, ya que no lo puede hacer como desea!*" En señal de que Dios recibió su voluntad, le envió dos ángeles, que le dijeron: "Aquí te traemos una carta en respuesta de la tuya, para que la leas y cantes los versos que con-